



John Cheever
'Diarios'

Traducción de
Daniel Zadunaisky

EMECE EDITORES
501 PÁGINAS
24 EUROS

El skyline de Boston, ciudad en la que John Cheever vivió en su juventud junto con su hermano AP

Diarios Una nueva edición permite recuperar los escritos más íntimos de uno de los grandes narradores norteamericanos del siglo pasado

John Cheever en su infierno

ROBERT SALADRIGAS

Conviene empezar señalando que la actual edición de los *Diarios* de John Cheever (1912-1982) no es rigurosamente nueva para el lector hispanico. Apareció hace diez años y yo mismo, todavía bajo los efectos hipnóticos de la lectura, le dediqué un artículo el 18 de marzo de 1974 en el que intentaba transmitir la convicción de que nunca antes había leído un texto íntimo de un escritor que contuviera tanta verdad y expresada con tan rabioso impudor. Me pareció entonces y sigo creyendo ahora que es una obra *ejemplar*. Cuando un escritor se descuarta a sí mismo en la escritura orillando cualquier prejuicio convencional y sin dejarse coartar por la suposición de que algún día su autoanálisis sea pasto de los lectores, suele suceder que sus herederos o albaceas, según aparezcan retratados, se encargan de podarlos según les convenga o simplemente los arrojan a la hoguera purificadora. La extensión de esas prácticas justifican la escasa fiabilidad de la mayoría de las confesiones aparecidas con carácter póstumo.

Por fortuna no es el caso de John Cheever, uno de los grandes narradores norteamericanos del siglo XX. Cheever comenzó a escribir sus diarios a finales de los cuarenta sin intención de divulgarlos. Tenía en aquella época treinta

años y una personalidad tortuosa, en conflicto permanente con el mundo grosero de su entorno, con la familia y con su propio cuadro de contradicciones y pugnas que lo hacían bascular entre lo abyecto y lo angelical. Las entradas en sus *Diarios* constituyeron a lo largo de cuatro décadas el único refugio que le garantizaba la impunidad más absoluta. Lo que iba transcribiendo sin un propósito preconcebido, sin ajustarse a una es-

tructura narrativa simétrica, sin preocuparse por evitar acumulaciones o redundancias son un portento de lucidez, de oscura conmoción y de implacable rigor con los demás pero también con sus propias fracturas, que en ocasiones rozan la vileza. Había en los estratos más hondos de Cheever un deseo vital de hallar la expiación a través de la escritura, lo que le llevaba a mirar hacia afuera y hacia adentro con una estremecedora mezcla de severidad condenatoria y anhelo de indulgencia. Aquellos que conozcan los cuentos intemporales Cheever o sus grandes novelas tienen una idea clara del peso del dolor y de las tinieblas en la autodestructiva infelicidad de los personajes de Cheever, trasuntos de su atormentada forma de asumir los diferentes rostros de la vida sin renunciar a ninguno pero persiguiendo armonizarlos sobre una base de estabilidad.

Cuando Cheever murió el 18 de junio de 1982, las páginas del *Diario* sumaban un material ingente, desordenado y en bruto. Cuatro años antes, en 1979, un Cheever más vulnerable que nunca había dado a leer algunos extractos a su primer hijo varón, Benjamin, que como

explica en la introducción al volumen dijo que le gustaban pero que al mismo tiempo le parecían deprimentes e incluso "mezquinos". Cheever sugirió que "no debían publicarse antes de su muerte", dando así a entender que preveía su publicación aunque podría "incomodar a la familia". Benjamin repuso que "podrían asimilar el golpe". Y ahí es donde surge el acto asombroso de generosidad y respeto. La esposa de Cheever y su albacea literaria cede a la opinión de sus tres hijos y -aunque todos ellos son juzgados con destemplanza por el esposo y padre- autoriza, quedándose al margen, que Robert Gottlieb, editor de Cheever en la editorial Knopf, recopile una vigésima parte del material en función de un orden narrativo coherente y aparezca primero en el *New Yorker* y luego forme el extraordinario volumen que podemos leer, ahora, en esta nueva edición, enriquecido con notas aclaratorias a pie de página, utilísimas, elaboradas por Rodrigo Fresán, un devoto de Cheever.

En mi opinión es un libro único, indispensable, con el que según creo debería deleitarse todo buen lector. Desnudándose literalmente en cuerpo y alma como pocos escritores lo han hecho, el Cheever egoísta, atormentado, clarividente, enfermizo, alcohólico, promiscuo, náufrago a la deriva que parece complacerse en hacer daño a los que más ama como si castigándolos se auto-flagelara sin piedad, el hombre que detesta la vida y el mundo corrupto que la cobija pero acaba estimándola en lo que vale frente a la amenaza de la muerte, describe en esas páginas terribles pero hermosas, empapadas de sutil melancolía, un itinerario de dignidad moral en sentido estricto que al seguirlo de nuevo no sé si por segunda o ya tercera vez me resulta apabullante. Es por añadidura un texto literario de primera magnitud que sintetiza el credo estético del gran y valeroso creador que fue y será para siempre John Cheever. Oro puro. Desde cualquier ángulo que uno mire este espejo de profundidades de vértigo. |



Novela

Lecciones de abismo



Ednodio Quintero
'Mariana y los comanches'

Prólogo de Juan Villoro

CANDAYA
230 PÁGINAS
14 EUROS

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

De la ignorancia sobre la literatura venezolana no es sólo responsable nuestro endémico centrohispanismo sino una literatura, la venezolana, que nunca llegó a integrarse del todo con la del resto de América Latina. La ausencia de un modernismo radical en poesía, más tarde de la vanguardia y de las innovaciones de la narrativa del boom son prueba del aislamiento. Sólo en los 50 se inicia una integración a través de escritores que se abren al experimentalismo y que integran la textualidad al mundo ficticio: escribir y leer forman parte, en tanto que interpretación, de la dinámica de la novela. Ednodio Quintero (Trujillo, Venezuela, 1947) es uno de los más notables herederos de una concepción de la novela que cuenta con los antecedentes del maestro Guillermo Meneses, de Oswald Trejo o de José Balza. Autor de libros de relatos y novelas, sus dos libros de ensayos podrían ser el punto de partida para explicar la singular madurez que representa *Mariana y los comanches*. Madurez alcanzada a través de la asimila-

ción de la tradición de la textualidad como parte de la ficción, de la interpretación de la ficción e incluso como nueva propuesta moral, en cuanto se nos muestra, a través de la ambigüedad y las contradicciones, cómo lo que interesa no es tanto la hipotética verdad (es decir, el dogma) como la búsqueda de esta verdad imposible y la revelación de las hipótesis.

Unos presupuestos que en *Mariana y*

Lo más interesante es la divertida y desoladora complicidad y rivalidad entre la ficción y el texto

los comanches se plantean como una aventura perfectamente integrada a la aventura de la invención, hasta el punto que el texto acaba por ser parte de la tensión narrativa y la tensión narrativa roza peligrosamente el discurso textual. Es una novela concebida como un ries-

go y con un discurso aligerado por el distanciamiento, la parodia, el humor, las desconcertantes intrusiones de lo poético y las no menos desconcertantes intrusiones del absurdo. Lo más interesante es, así, la divertida y desoladora complicidad y rivalidad entre la ficción y el texto, de modo que cada afirmación acaba por convertirse en una duda, hasta el punto de que la duda y el desconcierto acaban por dominarlo todo.

Y, ¿de dónde surge este desconcierto y esta corrosividad constantes? Es en este punto que me conviene acudir al prólogo de Juan Villoro, por lo que tiene de iluminador. Villoro ha escrito aquí uno de sus textos más hermosos y exactos. Y es así porque así lo exige la lectura de *Mariana y los comanches*, novela también apoyada por Enrique Vila-Matas. Villoro habla, a propósito de Quintero, de "lecciones de abismo", que son, cabalmente, los abismos de Vila-Matas, y añade algo que es para mí la clave de la lectura y de la originalidad de esta novela: "Pocos narradores han explorado en forma tan aguda las posibilidades de la inte-

ligencia como síntomas de enfermedad". Los personajes de *Mariana y los comanches* están todos enfermos: marcados por la infancia, por lo que recuerdan y lo que no recuerdan. El escritor Edmundo Bracamante está esclavizado por la imaginación y el deseo, enamorado de alguien que puede ser su hermana y que puede no estar enamorada de él, atraído por su amigo el pintor Martín, al que al mismo tiempo rechaza; esclavizado sobre todo por el manuscrito de una novela que escribió hace años y en la que encuentra claves que quiere y no quiere encontrar. Una novela que revela y se le rebela. Mariana completa este *ménage à trois* que nunca llegó a serlo.

Es difícil saber dónde empieza la ficción y dónde la realidad. Quintero hace de la invención y la escritura una necesidad, no importa si alimentada por el vértigo de la memoria o por las novelas de Patricia Highsmith o por los culebroses. Nos ha enseñado todas las cartas de la baraja, todo el entramado de una novela, y hemos sucumbido a su encanto, pese a que el propio Quintero (el escritor del escritor) opina de Bracamante "y les pido que disculpen mi intrusión, que el error primero y principal que cometió fue el de acercarse demasiado. No supo, o no quiso, tomar distancia". La que él ha sabido tomar como narrador para que nosotros no podamos, por suerte, tomarla como lectores. Hemos sucumbido al encanto de la inteligencia. |